

DE BUENAS LETRAS

Todo el dolor del viento

FERNANDO DE VILLENA

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Todo el dolor del viento', la última entrega poética de Enrique Morón, que acaba de ser publicada en la editorial Carena de Barcelona, es el más pesimista de todos sus libros y también la obra donde alcanza la sinceridad más absoluta. Y así, por ejemplo, en uno de los textos nos dice: «...soy Enrique/ Morón. Hijo de Antonio/ y Trinidad. Alpujarreño».

El ser alpujarreño, más que una filiación, representa todo un carácter, y puedo afirmar sin miedo a equivocarme que nadie ha expresado nunca tan bella y tan profundamente el sentir de esta singular región española como este gran poeta nacido en Cádiar y a quien se debe el mejor poema de las últimas décadas en nuestra lengua: 'Cementerio de Nañila' (1996). Claro que en sus obras Enrique Morón universaliza lo particular tal como hizo Lorca con la vega granadina y sus pueblos.

Pero centrémonos en 'Todo el dolor del viento', libro que desde su primer verso deja

bien claro su mensaje: «Ya no puedo ofrecerte mi entusiasmo», escribe el poeta. Y la interlocutora a quien va dirigido el mensaje existencial de éste y otros muchos poemas del libro es su esposa, la que verdaderamente ha llenado de sentido su vida y la que puede comprender su acabamiento, su desencanto, su angustia e incluso su miedo. Por ello nos hallamos también ante un gran poemario de amor.

En otras ocasiones el escritor habla consigo mismo y emplea el tono reflexivo de algunos de sus últimos títulos y nos va presentando sus paisajes anteriores. Sabemos que, desde sus inicios, Enrique Morón explica su sentir siempre mediante metáforas de esa naturaleza que él ha conocido tan bien y que opone al hombre y sus ambiciones. Pero, mientras en sus primeros títulos la poesía era fruto de la directa y primorosa atención con la que el autor observaba a esa naturaleza, ahora los elementos naturales se han convertido en símbolos: la cam-

pana, el otoño, las acequias, la lontananza, el viento no son ya los que vio Enrique Morón en su niñez y juventud sino que constituyen las alegorías de sus propias inquietudes. El bucolismo se enlaza así con la melancolía del tiempo que escapa y, como él mismo nos confiesa, ya «sólo escucho/ mi balada interior».

Encontramos en el libro algunos poemas estremecedores como los titulados: 'La huella', '¡Cuánto silencio!', 'Cárdeno', 'La ventana', 'Abrazame' o 'Siempre buscando'. Y siempre con ese estilo de quien ha alcanzado la delicadeza y la armonía de un clásico.

En el poema 'Desde este viejo bar', Enrique Morón, que ha sido también un poeta frecuentador de bares y tabernas como lo fueron sus amigos Juan Jesús León y Javier Egea, contempla su «rostro naufragado/ en el fondo del vaso» y ve con tristeza cómo se desliza el tiempo de la vida. Pero esa tristeza nace de su propio vitalismo, del hecho de notar que así como el vino llega a su final, también se acaban los días de los hombres.

A estas alturas de su existencia y de su obra (que consta ya de veinticinco poemarios, numerosas obras dramáticas y un libro de memorias), Enrique Morón, uno de los poetas más libres, más independientes y más hondos de nuestra lírica, puede permitirse el lujo de decirnos a todos sus lectores: «Escribo porque quiero y lo que quiero/ pues a nadie le debo lo que escribo». Toda una lección.